

# El cementerio de los elegantes

## Capítulo 6. Docentes en tránsito. Incidentes críticos en Secundaria.

**Junto al alegre** y bullicioso mercado municipal se yergue un edificio imponente de piedra y ladrillo de tres naves y cuatro plantas, rodeado de una verja de hierro. Un gran patio rectangular de cemento ordena los tres bloques del centro de secundaria de esta pequeña ciudad, que no deja de crecer desordenadamente desde los años sesenta, a la sombra de la industriosa y cosmopolita capital.

Como cada año, a principios de septiembre, la inmensa mole, casi centenaria, se despereza de su letargo estival y comienza a hervir en sus entrañas la frenética actividad burocrática de los nuevos profesores como yo.

Los primeros días me parecieron sorprendentes, estúpidos, vacíos, de tiza, subiendo y bajando escaleras, saludando a mis nuevos compañeros por todas partes.

En este instituto nada es como imaginas, cualquier idea que se te ocurra es infructuosa y estéril. Solo puedes dejar transcurrir las horas sin saber dónde ponerte, en medio de un baile de autómatas que, mayoritariamente, te ignoran. Paulatinamente, al cabo de un par de semanas, distingues unidades, familias, especies, grupos, sectores. Hay lectores solitarios; parejas divertidas, bromistas;

tertulias recurrentes, insidiosas, crípticas, y asambleas espontáneas para cada titular de periódico. Se cultivan las relaciones sociales y variadas actividades de cultura, de ocio y de negocio. Hay quien versifica sobre los eventos de la actualidad, quien va a la compra a la hora del patio, quien dormita, quien corrige y también quien controla todos los anaqueles libres y ocupados. Ésta fue la primera persona con la que hablé más allá del primer saludo; me adjudicó un espacio y me entregó una llave el segundo día de mi incorporación al instituto.

Hace muchos días que se olvidaron las calles del calor y el polvo del verano. Estamos a finales de noviembre y ya va a hacer tres meses que comenzaron las clases. Hoy sigue lloviendo y noto más el frío. Los troncos de los plátanos se visten de camuflaje, más verdes y más negros. Los ladrillos de los edificios también se oscurecen y se intensifican los límites, las aristas. Todo es más lineal y transparente, pero también más físico, más cotidiano. La lluvia le lava la cara a la calle y hace más fácil el trabajo de los barrenderos. Esto es lo que pienso y lo que veo desde una ventana de la sala de profesores donde me he quedado sola.

También hay ventanas que dan al gran patio, a las fachadas interiores, a los pórticos de columnas de piedra.

En cada una de las tres grandes naves, a lado y lado de amplios pasillos, se distribuyen las clases con sus tarimas de madera gastada, blanqueada por el polvo de las tizas, con sus papeleras mugrientas, y con sus puertas rayadas, golpeadas, escritas y repintadas cada año.

Enfrente de donde me encuentro ahora, en la parte del edificio que llaman Sector A, justo encima de la cafetería del centro (bocadillos, chuches y bolígrafos), está el departamento de nuestra especialidad. Es donde suelo pasar las horas macilentas que me han sido asignadas. Horas de clase, de guardia, de relleno, de vacío, de sueño, de aburrimiento, de calor, de moscas. Horas en las que también nacen, crecen, se reproducen y mueren conversaciones troqueladas por la costumbre y la repetición. Muchas veces rotas por el timbre horario, por el teléfono o por secretaría (un dato, una verificación, una queja, una detrás de otra).

En cada clase de este frío edificio se sucederán los meses, de septiembre a junio, desaceleradamente, las semanas, que cada jueves se aligeran de pesadumbre, los días ordenados por cursos y por asignaturas. También se repetirán los desayunos en el bar de la esquina y, de vez en cuando, los cumpleaños («Os invito a una copa de cava. No os preocupéis, que los alumnos no se quejarán si llegamos cinco minutos más tarde, ja, ja, ja»).

Cada día que pasa conoces mejor a los unos y a los otros. Los unos y los otros, dos mundos

separados, distintos, estancos, impermeables, atrabiliarios y evidentes hasta la náusea.

Cuando a principios de septiembre el mundo real entró por las fauces abiertas de la verja de hierro, se inició el procedimiento. En secretaría se ordenan todas las distribuciones que serán verificadas cada 55 minutos durante los siguientes nueve meses. Cada aula contiene 1 profesor y de 25 a 30 alumnos.

Números, cifras, posiciones, cuerpos marcados los unos. Números, cifras, posiciones, cuerpos marcados los otros. Como en un juego de espejos. Y todo peor por dentro que por fuera, como los círculos concéntricos del horror que soñó Dante, se me ocurre pensar.

Ellos todos sujetos a coacción, a represalia, a la sinrazón, al espanto de ser visto o de ser ignorado. Todos siempre con la sensación de estar solos, formando multitud. Son los alumnos. Y los otros organizadamente estériles, su fuerza es su unión para la perdurabilidad, su objetivo es permanecer en un estado inoperante. «Resistir es ganar», es el lema de los yermos cimientos de un orden establecido. Son los profesores.

Los días se cumplen y el bedel, aislado entre ambos mundos, los va crucificando en el gran calendario de Seguros Delfín. Alfonso habita una cabina de madera como un navegante solitario, dedicado a ocupaciones secretas (por supuesto, siniestras para los alumnos y estúpidas para los profesores). Me lo imagino como a un viejo marino, sobreviviente a todas las batallas, que apoyado en la balaustrada de su mascarón chirriante ya no ve el horizonte y ocupa su tiempo acariciando hojas de acanto.

Cada día que pasa me convengo más. El claustro de profesores atribuye por unanimidad el futuro al pasado. Ve las asignaturas como a ciertas enfermedades, que se deben nombrar con eufemismos. Se considera de mal gusto abrir un libro de texto en las reuniones o referirse a materias concretas en los claustros. Resulta muy violento. Como si hubiera un acuerdo tácito, tabú. Como si se hubiera establecido hace muchos años, para el buen funcionamiento del centro, evitar toda controversia o conflicto relacionado con la práctica docente. Y aunque de vez en cuando surgen ciertos rumores, son casos aislados, marginales, de profesores que han dejado de contar, que apenas se ven y siempre están pendientes de una jubilación, un traslado o un cambio de servicio. Profesores que, aunque sigan dando sus clases, hace tiempo que dijeron adiós al instituto y el día menos pensado desaparecerán sin despedirse.

En este instituto, solventados los trámites de la primera semana, los pequeños sobresaltos, los necesarios ajustes y puntos sobre las íes, este claustro de profesores del que ahora formo parte se dedicó principalmente a organizar sus actividades, celebraciones y eventos. Se trata de excusas inocentes para hacer más llevadero el curso, para tener siempre un aliciente que llevarse a la boca y no dejarse dominar por pensamientos torcidos. Actividades dirigidas a ocupar la mente con otras cosas, entre clase y clase, que muchas veces se extienden a los fines de semana. Hay formado un pequeño equipo de baloncesto que se reúne para sudar pequeños partidos todos los miércoles por la tarde, en el gimnasio. Hay competiciones de crucigramas que Alfonso trae fotocopiados a

la sala de profesores diariamente. Hay expertos en descubrir los mejores restaurantes (excelente relación calidad precio), ingenieros de puentes y canales dedicados en cuerpo y alma a domar el calendario, en beneficio de la comunidad docente.

No me puedo quitar de encima esa tristeza que me invadió el viernes pasado. Unos días antes estaba de guardia y fui a cubrir una ausencia. No eran mi curso, no los conocía y atravesé la puerta diciendo con brío y convicción que se sentaran, que se callaran, que pusieran las mesas bien, que recogieran ese papel del suelo, con la mirada más afilada que pude. Entonces, uno de los más movidos levantó el brazo y el silencio se hizo.

Mientras recuperaba la respiración, le di la palabra con un gesto de la mano.

--Laura, ¿nos puedes acompañar a la excursión del viernes, por favor? --dijo.

Toda la clase bramó y volvió a hacerse el silencio. Me toca, pensé.

--¿Es que no os acompaña el tutor?

--Dice que nos acompañará si encontramos otro profesor que quiera venir. Pero ningún profesor quiere venir con nosotros.

--¿Y eso, por qué?

--¡Yo, yo! --soltó otro compañero levantando la mano.

--A ver, dímelo tú.

--Nos portamos muy mal. Hablamos, nos peleamos, no estudiamos. No nos gusta

estudiar, nos cuesta, no sabemos. Somos la escoria de la sociedad, seño.

--Entonces veo normal que nadie quiera acompañaros. De todas maneras --les dije improvisando una excusa-- los viernes tengo muchas clases. No puedo dejarlas para ir de excursión, lo siento.

--¡Mejor! Te libras de las clases y nos haces un favor --soltó el primero que había hablado.

--Además, ¡palabra que esta vez nos portamos bien! ¿Verdad que sí? --jaleó al resto de la clase, que volvió a bramar afirmativamente.

--No puedo, de verdad. Es que, además, yo no doy ninguna asignatura con vosotros. Tenéis que pedirselo a algún profesor que os dé clase este curso.

Entonces volvió a hablar mi segundo interlocutor.

--Ése es el problema. Que todos los profesores que nos han dado clase nos conocen y no quieren. Como nos portamos mal, tenemos a todos los profesores superrayados con nosotros.

--Nadie nos quiere, seño --dijo el otro compañero--. Y el tutor dice que él solo, ni loco. Ya hace dos años que no salimos a ninguna parte. Nos tienen marginados. ¡Todas las clases salen menos nosotros! Pero si tú quieres acompañarnos...

Y otra vez se pusieron todos a gritar.

--No puedo, aunque quisiera, no puedo. La normativa no lo permite. Ya os lo he dicho, no

os doy clase. Y ahora vamos a aprovechar el tiempo o no hay patio.

Al día siguiente, en la sala de profesores me encontré con el tutor de aquel grupo y le conté cómo había ido la guardia. Me contestó que siempre hacen eso. Se lo piden a todos.

--No te preocupes, Laura. Son unos impresentables, te habrás dado cuenta. Los peores. Han metido en ese grupo a todos los futuros delincuentes de este barrio. Algunos ya tienen 18 años y aún están calentando silla, sin haber dado un palo al agua desde que entraron por primera vez en el instituto.

--¿Y adónde quieren ir? --se me ocurrió decir para enfriar un poco la conversación.

--Al zoo.

--¿Al zoo de la ciudad?

--Sí. Quieren que les lleve a visitar el zoo. Lo han elegido ellos en asamblea. Dicen que no han ido nunca. Puede que sea cierto. Estos chavales no salen del pueblo nunca. La verdad es que cuando conoces a las familias (que suele ser muy raro que eso pase), acabas pensando que aún se portan demasiado bien. El único aliciente que tienen muchos de ellos es venir al instituto, aunque luego se pasen el día expulsados de clase. Cuando llegan las vacaciones, no saben dónde meterse, y una semana antes de comenzar las clases ya los tienes pegados a la verja de la entrada.

--¿Y cuántos profesores necesitan para poder salir?

--Pues, como son 32, como mínimo dos profesores. Yo y otro. Pero nadie quiere

acompañarles. Yo tampoco. Sólo quiero que acabe el curso para perderlos de vista...

--¿Y cómo iríamos?

--¿No me digas que ahora te quieres apuntar a la fiesta?

--No. Es decir, no sé.

--Iríamos en el tren de las diez de la mañana, para llegar a las once. Después iríamos a las taquillas a por las entradas y, ya dentro, a la una almorzaríamos. Les dejaríamos trotar hasta las cuatro, cogeríamos el tren de regreso a las cinco y los acompañaríamos al instituto. Hasta las seis no pueden salir, que es cuando acaban las clases. Pero si les dices que sí, yo a las cuatro y media te dejo y tú los acompañas después de vuelta, ¿de acuerdo? El viernes lo tengo muy liado. Así que, por favor, dejemos las cosas como están...

Me lo estuve pensando y, finalmente, decidí acompañarlos. Se podría decir que todo fue bastante bien. Chicos haciendo de chicos. Adolesciendo plenamente.

Pero yo me puse triste nada más salir. Los veía desubicados, faltos de cariño por los cuatro costados. Iban ilusionados por ver las serpientes. Intentaron envenenar a los monos. Se embobaron delante de unos enormes osos más embobados todavía. Una tarde de gruesas suelas de goma triturando la grava, corriendo y corriendo siempre, de cuellos llenos de chorretones de sudor, de latas de coca-cola, de cigarrillos, de corn-flakes, de chucherías, de medios bocadillos olvidados...

Una tarde enorme de luz áspera que se acabó a las cuatro y media en punto. Todos los subgrupos, parejas e individuos solitarios fueron escrupulosamente puntuales. Llegaron como acobardados de las dimensiones y el tumulto, de la ciudad... Su tutor había desaparecido a las doce y media, nada más entrar en el recinto. Con mucha educación me vino a decir: «Ahí te quedas guapa, tú te lo has buscado».

Así que regresé sola con todos ellos en el tren, donde molestaron de variadas formas a los viajeros. Me pidieron bajar en distintas paradas poco antes de llegar y se lo concedí, arriesgándome a lo que pudiera pasar. Cuando llegamos a nuestra última estación, desaparecieron los pocos que quedaban nada más bajar del vagón, y me dirigí con paso cansado hacia el otro andén. Y desde entonces me dura esta tristeza.